



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 29.

JUEVES 15 DE SETIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

LA CAIDA DEL IMPERIO GRIEGO: (rasgo histórico), por Aureliano Ruiz.—LOS AMORES DE UN PINTOR: (Continuación), por Francisco de Paula Entrala.—DON PEDRO I DE CASTILLA: (apuntes biográficos), por A.—LA CADENA DE ORO: (diálogo de una comedia inédita), por Aureliano Ruiz.—LA AZUCENA. (Conclusion), por Augusto Jerez Perchet.—CEDROS DEL LIBANO.—UNA ILUSION PERDIDA, por Luis Calvo y Revilla.—UN CLAVEL: recuerdos, por Enrique Fernandez y Carnicero.—EPIGRAMAS, por Remigio Caula.

LA CAIDA DEL IMPERIO GRIEGO.

(RASGO HISTÓRICO.)

1448—1453.

I.

Cuando el cuadrante del tiempo, señala el fin de una dinastía, de un pueblo ó de una nacionalidad, son infructuosos cuantos esfuerzos hacen los héroes para salvarlos de su destruccion y de su ruina: es en vano oponer un dique al asolador torrente, que en tumbos gigantescos, se precipita de la montaña al llano é invade hasta los lugares mas recónditos.

El imperio griego, elevado por sus Leonidas hasta la altura de las Termópilas, sucumbió, falto de vitalidad, á los repetidos golpes de los para él pigmeos, que á su vez y en su día, trocáronse en inmensurables Titanes.

Mahomet II fue el escogido por la fatalidad para descargar el golpe de gracia, sobre el desventurado pueblo de la belleza y de los héroes.

Su nombre, tan fatal para la cristiandad, estaba llamado á ser la columna regeneradora, que elevara al otomano, en el espacio de las edades, á la cúspide de la grandeza, del poder y de la gloria.

A medida que la de Mahomet crecia, se debilitaba proporcionalmente la del imperio griego, á pesar de haber ocupado el trono por muerte de Juan II, Constantino Paleólogo.

«Nacido de un padre justo y bueno dice un

historiador; educado por el oficial mayor de palacio, Cantacuceno, muy esperto en las letras y en la política; criado por una madre perseguida y heroica, que le habia comunicado con la leche, la paciencia que da la sabiduría y la desesperacion que infunde el heroismo; acostumbrado hacia mucho tiempo, á los calabros y á las hazañas, en la guerra de la Morea contra Amurat II; vencido, pero no degradado en su derrota, indignado de las intrigas del palacio de Blekernes, que los Griegos de Bizancio, llamaban de la política, tenia en sí, cuanto debía tener un soberano, por aquella nacion corrompida: desprecio, conmiseracion y afecto.»

II.

Inútil fue la heroica resistencia que Juan Scanderberg, hiciera en los desfiladeros de la Epiria, al empuje de las vencedoras huestes de Amurat.

Mahomet, joven y entusiasta; quiso salvar aquel escollo, que se opuso, en no lejanos días, á la marcha triunfal de su padre.

Amante de la gloria, y queriendo conquistarla con mas brillantez aun, que la conquistada por sus predecesores, avanza al frente de un numeroso y aguerrido ejército, compuesto de trescientos mil hombres y trescientas cincuenta galeras, y cerca á Constantinopla, por mar, con su fuerte escuadra, y con sus disciplinadas legiones, por tierra.

Era, desde su fundacion, la vigésima novena vez, que habia sido sitiada la inespugnable ciudad de Constantino.

Desde Pausanias, Alcibiades y Leon, general de Felipe de Macedonia, hasta el fiero Amurat II, emperadores romanos, reyes persas, alavos y esclavos, árabes y búlgaros, califas y cruzados, cada cual á su turno, experimentaron la fuerza de resistencia, de los dobles muros de la reina del Oriente. No la desconocia, seguramente, Mahomet, cuando hizo tan formidables aprestos para el sitio.

Los medios de defensa con que contaba por entonces la plaza, eran tan reducidos y tan escasos los recursos de todo género, que el valor mas indómito, en parejas circunstancias, se hubiera visto en la imprescindible necesidad de sucumbir.

Constantino, sin embargo, llama en su socorro á la Europa: pero su voz no encuentra eco, y se pierde entre los mugidos de las olas del Adriático, como se apaga el jay! desgarrador del naufrago entre el fragoso estruendo de la tormenta.

Era de esperar que asi sucediera: Italia y Alemania se hallaban divididas en encontrados bandos. Venecia, la mas interesada entre todas, en defender á Constantinopla, plegaba sus velas como anonadada por la inminencia del peligro. Inglaterra, se precipitaba en una guerra sangrienta. Francia, reposaba sobre sus laureles despues de arrojar de sus islas la piratería inglesa: y en la Patria de los caballeros recitaba sus trovas el famoso Juan de Mena, al ruido de los entusiastas aplausos de don Juan II.

De esta suerte asistia la Europa como simple espectadora, al triunfo de las armas musulmanas; tan amenazador para la civilizacion, como trascendental para el cristianismo.

III.

A pesar de su completo aislamiento, Constantino, contando apenas con nueve mil soldados latinos, bajo sus inmediatas órdenes, se prepara á defender la plaza sitiada, mientras sus míseros habitantes permanecen en la inercia, temiendo cobardemente el triunfo de los latinos, tanto ó mas que el de los turcos. Pero los valientes soldados de Constantino marchan precedidos de su heroico caudillo, al sangriento combate, ó por mejor decir, al seguro martirio.

La fe los alienta, y hacen prodigios de valor.

Cada soldado es un héroe.

¡Tanto poder ejerce en el corazón del hombre esa antorcha encendida por la divinidad en el alma de los creyentes!

Después de repelidos varios asaltos y de haber dejado muertos bajo los macizos muros de la ciudad, á mas de cincuenta mil enemigos, rotos los bastiones por la metralla de los cañones de Mahomet, Constantino combate aun con la energía que da la desesperación, sobre los inanimados cuerpos de sus bravos, dando un alto ejemplo de valor y patriotismo á los ya diezmados defensores.

Pero en el último asalto, después de recibir dos heridas mortales y exclamando en su estertor: *¡Qué! ¿No habrá un cristiano que corte mi cabeza y la sustraiga al furor de los bárbaros?* sucumbe como un héroe sobre las ruinas ensangrentadas de su corrompido imperio.

IV.

Constantinopla cae bajo el yugo férreo de Mahomet II y los cobardes habitantes, que no supieron defender el sagrado de sus hogares, quedan como esclavos, uncidos al carro de la victoria del vencedor de Oriente.

El saqueo de la ciudad duró ocho horas consecutivas. Nada perdonaron aquellas hordas vomitadas por los antros del averno.

Ancianos, mujeres y niños, con cuantas riquezas encerraba aquel centro del cristianismo Oriental, fueron presa de la rapacidad de los vencedores.

Sesenta mil cautivos, salieron por las puertas de la ciudad, con destino á los puertos y tiendas del Asia.

«Aquí—decía uno de aquellos espatriados de la conquista—se veía un soldado vestido con los hábitos sacerdotales; otro llevaba perros del ramal, atados con un cinturón dorado de pontífice; éste bebía vino en un cáliz, el otro comía en las patenas sagradas; en multitud de carros se llevaban á las provincias, los muebles, las telas, las mujeres, las vírgenes y los niños de la capital conquistada. Manadas de hombres, atados de dos en dos, iban con las manadas de camellos, de bueyes y de caballos, que los vencedores impelían lentamente hacia las montañas.»

V.

Dueño de un punto tan importante, Mahomet lanza sus veteranas huestes sobre el pequeño imperio de Trebisonda arrasando la Servia, la Rumanía, la Albania, la Grecia y casi todo el Pelopones: bota sus galeones en el mar Negro y ve al fin ondear simultáneamente su pabellón triunfante, en las orillas del Euxino, en el Asia menor y en el Archipiélago.

Entonces la Europa despierta de su letargo; pero tarde. Prepara una cruzada, de la que era el alma el Papa Pío II; mas la muerte de este pontífice ocurrida poco tiempo después, disuelve la Liga, y Constantinopla, la sultana del Bósforo, amenazando en su ventajosa posición á las naciones defensoras de la Cruz, queda en poder de los turcos como la capital de aquel vasto imperio, que había de eclipsar con el tiempo, el poder de Roma, y Bizancio, que estendiéndose desde el Eufrates hasta el Danubio y desde el Tígres hasta el Nilo, unciría al carro de su conquista, el Egipto, la Siria, la Meca, la Mesopotamia, la Crimea, la Moldavia, la Valaquia, la Servia, la Transilvania, la Croacia, la Morea, la Albania, Medina, Rodas, Belgrado, Bagdad, parte de la Polonia y de Hungría; las costas del mar Negro y las bocas del Danubio, con mas de ciento veinte millones de habitantes, estendidos en su inmenso territorio.

VI.

Así desapareció de Europa, el último rastro del antiguo y poderoso imperio de los Césares.

Cerca de dos siglos contó de duración el imperio griego, levantado por Miguel Paleólogo, sobre las ruinas del bizantino.

Al hacer el recuerdo histórico de estas épocas, en una de sus últimas y mas notables obras, uno de nuestros primeros poetas contemporáneos, esclama, refiriéndose á Bizancio;

Ella en infaustas luchas civiles,
bebió la sangre de sus entrañas;
sus glorias fueron juegos pueriles;
y en sus empresas y en sus campañas,
la abandonaron sus hijos viles,
la defendieron gentes extrañas.

Vivió sin gloria;
y sucumbió dejando mala memoria.

¡No sin misterio,
las crónicas la llaman el bajo imperio!

AURELIANO RUIZ.

LOS AMORES DE UN PINTOR.

(CONTINUACION.)

El baron amaba á Laura como saben amar ciertas personas, y por consiguiente la proposición de Eduardo no hizo mas que secundar sus deseos, deseos que no se hubieran cumplido si en el instante de su fuga Dios no le enviara aquel hombre de corazón tan grande como de pensamiento, de voluntad tan fuerte como de brazo.

Pasaron ocho dias.

Eran las diez de la mañana y un carruaje se detuvo á la puerta de San Luis.

El baron, elegantemente vestido de frac, pantalón y chaleco negro, salió de él y dió su mano para que se apoyase y bajase, á una joven en cuyo semblante se pintaba la mas desgarradora expresión de tristeza.

Era Laura.

Laura atravesó con paso firme la iglesia, pero sin acercarse á su prometido, y se arrodilló junto al altar.

En el momento de celebrarse la ceremonia, el baron miró á su lado y vió cuatro ó seis jóvenes que, acompañados por la puerta de la sacristía, le miraban, guiñaban, sonreían, haciéndole señas para que se arrepintiese.

Enrique, creyendo escuchar las carcajadas de sus amigos, las bromas de sus amigas, las murmuraciones de todos, tembló, y pretendió dar salida al siniestro pensamiento que germinalaba en su alma.

Pero un joven pálido, severo, vestido de negro y con los brazos cruzados sobre el pecho avanzó por el ángulo opuesto hasta colocarse delante de aquel grupo de libertinos.

Al verlo, el baron se puso pálido como un difunto, y su mano estrechó convulsivamente la de Laura, que estaba helada como el mármol.

Era Eduardo.

Concluida la ceremonia, Laura dirigió sus dulces ojos impregnados de lágrimas á una de las naves del templo donde oraba aquel de rodillas y en silencio.

—¡Es él! murmuró Laura, haciendo un supremo esfuerzo para sostenerse, y dirigiéndole una mirada en que parecía decirle de nuevo: —¡No me abandones!

—¡Adios para siempre, Laura de mi alma! balbuceó Eduardo, y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos...

Cuando los desposados llegaron á casa de doña Genoveva, ésta, tendida entre los almohadones de uno de los divanes de su gabinete, les esperaba con la mayor dulzura y afabilidad.

Pocos momentos se detuvieron, durante los cuales la tia pudo observar el profundo abatimiento de su sobrina y la aparente tristeza del baron.

Después Laura se dirigió á su estancia.

Enrique la seguía.

—Hermosa Laura, la dijo, pretendiendo rodearla el brazo por la cintura, ya eres mia y no creo que aquel extraño protector venga á privarme de los privilegios que el nuevo estado me concede.

—Caballero, repuso Laura con altivez, respete usted mi desgracia ya que no supo respetar mi inocencia; entre los dos no existen, no pueden existir otros vínculos que aquellos que la sociedad reclama para lavar la mancha que un libertino infame, cobarde y traidor como ninguno, se atrevió á estampar sobre mi frente.—¿me entiende usted baron?

—Soy su esposo...

—Ante el mundo, pero no ante Dios que castiga los criminales; ante la sociedad, pero no ante mí que por mi honra he sacrificado mi vida, mi vida que se exhalará lágrima á lágrima en este recinto, antes de consentir que usted la profane...

—Repáre usted Laura, que yo su marido.

—Mi esposo y nada mas, don Enrique... por consiguiente, si quiere usted que le respete y considere, ó mejor dicho, que no le falte, hágase usted cuenta de que no existo en el mundo y déjeme usted sola para siempre.

—Entonces no estrañe usted mis determinaciones.

—Serán dignas de su depravado corazón.

—Basta, basta.

—Adios, señor baron.

—¡Oh, con que me echa usted! dijo Enrique apretando sus puños hasta hacerse sangre. Bien, señorita, bien; pero no la valdrá á usted su protector, yo se lo juro.

—¡Me importan poco las amenazas! dijo Laura volviendo la espalda.

El baron salió de la estancia y tropezó con doña Genoveva.

—¡Oh señora! ¡Me ha engañado usted como á un miserable!

—¡Agua, agua!... ¡que me muero! gritó la marquesa, haciendo como que se desmayaba.

—Basta de fingimientos, señora, su sobrina de usted no me ama ni me ha amado nunca.

—¡Qué horror!

—¡Silencio! exclamó el baron, y tomando el sombrero se lanzó á la calle en busca de sus amigos...

Apenas hubo desaparecido, doña Genoveva entró en el cuarto de su sobrina.

—Todo lo comprendo, señorita.

—Lo creo sin que usted se esfuerce en manifestarlo...

—Es decir que por no sé qué capricho prefiere usted vivir en la miseria, en el olvido, á lucir magníficos trenes, lujosos trajes, ricas joyas y titularse baronesa.

—¡Qué importan las joyas ni los títulos á quién se vé sola en el mundo! ¡Ah madre mia! Si tú vivieras, nada de esto me hubiese sucedido. Todos respetarían á la pobre huérfana que no tiene mas consuelo que sus lágrimas, ni mas amparo que su trabajo.

—¡Oh! ¡Trabajar, trabajar! eso se queda para la plebe, señorita.

De lo que usted llama plebe, nacen los hombres honrados, los corazones grandes, las almas generosas...

—Y para ellos se crean las cárceles y los presidios, para ellos son las privaciones y la miseria... pero no para nosotros, no para mi sobrina, que debe portarse como tal.

—¿Quién sabe!

—En fin, no nos acaloremos sobrina, dijo doña Genoveva, haciendo su acento mas cariñoso y dulce cada vez: yo espero que amarás á Enrique, que observarás cuán caballero es, que perdonarás su crimen, si así quieres llamarlo, como yo lo he perdonado; y por último, que dejando vanas prevenciones, obrarás como te corresponde, comprendiendo que la hermana de tu padre solo puede anhelar tu bien y tu felicidad.

Laura quedó silenciosa.

Y su tia salió exclamando: —¿Cómo terminaré este negocio! ¡Oh, si tuviera veinte años no necesitaría de sobrinas para costear el tren que otras veces, ni para pagar las deudas.

IX.

Pasaron meses durante los cuales el estudio de Eduardo permaneció cerrado.

Sin embargo, algunas veces al declinar la tar-

de se asomaba á sus ventanas y contemplaba estasiado el cuarto de la pobre Laura

—¡Laura mia! exclamaba con profundo dolor; ¡cuántas veces fueron saludable bálsamo para mi corazón las elocuentes miradas de tus ojos que acaso no volveré á ver! ¡Cuántas me volvistes en una sonrisa la esperanza que me había robado el desaliento! ¡Oh Laura! Yo te amo, te amo como á mi madre y sin embargo, la desgracia me separa de tí. ¡Tu cuarto, otras veces alegre como una mañana de primavera, está solitario y triste como mi alma! ¡las flores que ayer regabas con tu mano, pálidas y marchitas como mi corazón y el pajarito que al verle gorjeaba y revoloteaba en su jaula de alambre ha desaparecido ya!...

—Y en efecto, la casa estaba desalquilada. Un día, sin embargo, nuestro amigo Eduardo recibió una cartita cerrada con lacre negro, en cuyo centro se veía estampada la letra L; su corazón latió con violencia y sus manos temblaron al abrirla.

Concluido que hubo de leerla, la besó y estrechó contra su corazón repetidas veces encerrándola después en una cajita de concha con incrustaciones de nácar.

Y como si en ella se le ordenase ó previniese cosa alguna, Eduardo tomó el sombrero, la capa y un par de pistolas, despidióse de su madre y seguido de su magnífico perro Leon, bajó precipitadamente la escalera.

Al llegar á la portería se detuvo y encargó á una mujer que estaba en ella, se subiese á hacer compañía á su madre hasta que volviese.

Aceptó ella con la sonrisa en los labios y la mejor voluntad del mundo y subió al sobatabanco, mientras Eduardo salía á la calle en dirección al cementerio.

Ya no cantaban los pájaros en este recinto de muerte, ni los sauces prestaban melancólica sombra á los sepulcros... sus ramas secas y descarnadas daban paso ó la rojiza luz del crepúsculo que imprimía cierto sello de profunda tristeza á aquel paraje solitario... las hojas de los árboles amarillas y diseminadas por el suelo parecen el sudario que la naturaleza estiende sobre la olvidada fosa de los pobres. Y en esta mansión fúnebre y sombría, destinada al eterno descanso, una mujer vestida de negro, arrodillada ante una cruz de madera oraba en silencio con las manos juntas y la frente inclinada.

Largo rato llevaba de ofrecer á Dios sus oraciones, cuando de repente escuchó ruido tal entre las hojas, que le hizo volver rápidamente la cabeza.

Era producido por las pisadas de un hombre que, envuelto en su ancho carril y con el sombrero hasta las cejas, adelantaba hacia ella, por entre los árboles y los nichos de la derecha.

—Desengáñese usted, mi querida señorita, díjole el caballero con acento irónico, que no vale dar citas ni esconderse en los cementerios, para evitar mis órdenes...

—Señor baron, respete usted siquiera el paraje en que nos hallamos, no turbe usted la paz de una pobre huérfana que viene á derramar sus lágrimas al pie de esa humilde cruz donde reposan las cenizas de su madre.

—Bien, haga usted lo que guste... pero entrégueme el medallón de brillantes que esta mañana ha recibido de mano de su notario...

—¡Señor baron! gritó la joven con espanto...

—No me llame usted baron, porque ya no lo soy mas que en sexo; ni pida usted auxilio, porque aquí no ha de protegerla el aparecido de marras...

—¡Oh! Infame, todo lo esperaba de usted.

—El medallón, repito...

—¿Usted sabe lo que encierra?

—Poco me importa...

—Encierra el retrato de mi madre.

—Bien... venga... y luego...

—¡Oh Dios mio! exclamó la enlutada ocultando la cabeza entre sus manos...

—No valen lágrimas, señorita... en pocos meses la suerte me ha vuelto las espaldas...

he perdido mis casas, mis cortijos, mis carruajes y mis caballos... me han olvidado mis amigos porque no tengo dinero, y lo necesito para que me devuelvan su amistad, y porque en el mundo un noble no puede vivir sin él...

—Noble es el hombre que gana el pan honradamente, que ejecuta buenas acciones, que trabaja... pero no usted...

—Aunque no debo ni quiero entrar en explicaciones, le diré á usted que no estoy en el caso de ponerme á trabajar, porque eso me rebajaría extraordinariamente ante la sociedad... ¡Oh ya lo creo! ¿Qué se diría si me viesen dejándome las pestañas en una oficina?... ¿Qué si el que há poco tiempo era rico, se limitase á un sueldo de seis ú ocho mil reales!

—¡Desdichado!

—Por eso quiero que me entregue usted esa alhaja, la venderé, tendré oro y volveré á ser quien era, recuperando con su importe lo perdido...

La enlutada guardó silencio y le dirigió una mirada en que se revelaba la indignación, y al propio tiempo la lástima que la causaba el extravío de aquel hombre que descendía hasta el crimen, retrocediendo ante la idea del trabajo.

—¿Se niega usted? dijo Enrique, que, comprendiendo toda la significación del silencio de ella, se había puesto pálido.

—Sí, balbuceó, es la última memoria de mi madre, y solo un miserable podrá separarla de sobre mi corazón.

—Pues bien, señorita, ese miserable soy yo que se lo arrancaré á usted... devolviéndoselo únicamente si me concede lo que siempre me ha negado...

—¡Jamás!

—Entonces sea; ya no tendrás quien te proteja, y me vengaré; y con la mirada estraviada y el paso vacilante se acercó á ella y arrojándola al suelo la arrancó el medallón que con un cinta llevaba prendido á su garganta...

Una sonrisa feroz vagó en los cárdenos labios del baron, y sus chispadas manos temblaron al contacto de aquella joya.

La luna que pálida y macilenta asomaba en aquel instante por el horizonte iluminó el semblante de la enlutada.

Era Laura.

Huyamos, dijo Enrique, y sin detenerse se ausentó por la misma calle de árboles, hasta llegar á la verja, pero en aquel instante retrocedió algunos pasos, para no ser visto de un hombre que procurando ocultar el rostro bajo el embozo de la capa, y seguido de un magnífico perro de Terranova, entró resueltamente en el cementerio.

Observólo Enrique hasta verlo internarse por entre los cipreses del centro, y murmurando un ¿quién será? abrió la verja, cruzó con paso rápido una parte del camino, precipitándose poco después en un coche de alquiler que sin duda le esperaba, cuando el cochero sin aviso ni pregunta alguna tomó camino de Madrid.

Apenas volvió en sí la pobre Laura, se llevó sus manos temblorosas al cuello, y cuando se encontró sin el retrato de su madre, dió un grito, se apoyó en la cruz de madera para no caer, y pidió socorro repetidas veces.

—¡Dios mio! es ella ¡oh! Laura; Laura! exclamó el hombre de la capa dirigiéndose rápidamente al sitio de donde partían aquellas voces que le desgarraban el alma...

—Eduardo... ¡ah! Eduardo... gritó Laura con frenética alegría y haciendo un supremo esfuerzo por salir á su encuentro.

En aquel instante Eduardo, ó sea el hombre de la capa vióse detenido por otro; que como una aparición fúnebre, había surgido de entre las tumbas y los cipreses, colocándose delante y cerrándole el paso.

X.

Sin embargo, ni su valor ni su sangre fría, disminuyeron con este nuevo incidente; la convicción de que Laura podría ser víctima nuevamente de alguna asechanza, y de que

tal vez seria un lazo lo que se la tendía, redobló sus fuerzas... Multitud de ideas surgieron de su imaginación ardiente y apasionada, y su primer pensamiento fue desembarazarse de aquel hombre, y correr al lado de la huérfana, cuya intranquilidad le atormentaba. ¿Quién podrá ser la causa de esta escena horrible, en que mi corazón se desgarró y mi espíritu vacila, y tiembla mi cuerpo, al melancólico acento de su voz? Esta pregunta se hacía Eduardo, mientras luchaba en vano por saltar al lado de la mujer que miraba como una hermana, y sin embargo, amaba con delirio; y una voz secreta parecía responderle:

«El ladrón de vuestra felicidad y de su honra»

Imposible parecía que un hombre descendiente de una familia rica y distinguida abrigase tan miserables instintos; pero no es extraño observando que la educación es el primer guía de las acciones de nuestra alma, y el baron la había recibido fatal. Niño único y mimado, desde su mas tierna edad había sido dueño árbitro de su voluntad, y no tenía capricho que no fuese satisfecho... A los 26 años sus padres habían muerto dejándole una cuantiosa fortuna... comprendió que para figurar en el gran mundo, necesitaba doble tren del que hasta entonces tuviera; compró nuevos carruajes y caballos... y no satisfecho su ansia de figurar y de ser el astro que eclipsara á la aristocracia madrileña, tomó abono en todos los teatros de la corte... multitud de amigos le rodearon como otros tantos parásitos: su casa parecía una fonda; jamás se quitaba la mesa y todos acudían á saciar su apetito... á fin de año llovían las cuentas y los recibos; su importe era dos veces mas de las rentas que poseía; pero esto no era otra cosa que una ligera nube interpuesta entre él y el astro resplandeciente de su fortuna. Pasada apenas, Enrique volvía á escuchar la voz de sus amigos que decían: «Eres el Montecristo de la época, solo te falta mundo para aventajarle.» Con esto se envanecía y triplicaba sus deudas, los acreedores le acosaban; varias veces, y mas que todo, por olvidar alguna parte de sus disgustos, bebía y se embriagaba, pero con *Champagne*, lo cual era muy aristocrático. Mas tarde no sabía en qué pasar sus ratos de ocio (que eran todos) y determinó echarse una querida... nuestro inesperto calavera no había contado con la *huéspeda*, y cuando á fin de año vió que los cuantiosos gastos y *despilfarros* hechos por ella, eran de su cuenta y riesgo, estuvo á punto de sucumbir... «Eso te immortaliza, chico,» murmuraron sus amigos, y nuestro héroe no pudiendo descender ya de la alta esfera en que se había colocado siguió en sus trece, aunque formando cálculos para aumentar sus rentas. Consultó á sus amigos sobre una *negociación* que pensaba hacer, solo por invertir algunos miles duros sobrantes, y por *unanimidad* acordaron que el *juego*. Es claro, era el único medio que les faltaba para explotar del todo aquella mina que ellos creían inagotable. Entre tanto Doña Genoveva había aparecido en liza... no bien la preguntaron quién era la hermosa joven que le acompañaba, la buena señora dejó escapar las siguientes frases: «Es mi sobrina; huérfana de padre y madre, con cincuenta mil duros de renta.» Bien pronto la desgraciada Laura fue el blanco de todas las miradas y el objeto de todas las conversaciones.

Esta noticia llegó á oídos del baron. Antiguo amigo ó conocido de doña Genoveva, no tardó en presentarse de nuevo.

Hé aquí el modo de resarcirme de todas mis pérdidas, exclamó con aire de triunfo y henchido de esperanza. Sin embargo, al ver que Laura se mostraba insensible á sus ruegos (porque Laura amaba á Eduardo) empezó á desconfiar.

No faltó quien le dijese: «baron, mira que es todo farsa, que te atrapan, que la heroína es pobre, mira que la tia sabe mas que Merlín;» entonces el baron dudaba, y dudando, se metió de rondón en casa de la supuesta mar-



Don Pedro I de Castilla.

quesa. Le hacia pregunta sobre pregunta, pero todas las contestaba: aquella con tal habilidad y destreza, que el baron se marchaba atónito y

murmurando: «Es millonaria, no hay duda, pero me tienen envidia y la calumnian á ver si me arrepiento.» Este mismo era el pensamien-



Vista de Madrid.

su madre por manos de su escribano. El baron la miró de una manera siniestra. Laura tembló y se decidió á escribir á Eduardo. Cuando á la tarde salió de su casa en direccion al cementerio, observó que un hombre le seguía.

—Haced que venga pronto, Dios mio, por que tengo miedo, habia dicho al caer de rodillas como no há mucho la encontramos.

Sin embargo, ya hemos visto lo que sucedió, Eduardo llegaba tarde.

to de la tia respecto á él, Trascurridos algunos meses, Enrique acabó de perder su capital, las deudas de doña Genoveva se aumentaban considerablemente, y acercándose el plazo, ambos á su vez pensaron en la realizacion de su proyecto. Cuando supo el rapto de su sobrina, se creyó feliz, su áncora de salvacion era Enrique.

—Me ama pero manifiesta lo contrario, exclamó el baron escuchando las palabras de Laura. Lo que sucedió en el carruaje y Eduardo no pudo evitar, era, segun él, la coronacion de sus cálculos y de sus esperanzas; pero ya sabemos lo que fue y los resultados que dió.

Cansados ya, doña Genoveva y él se encontraron frente á frente, y como un lobo á otro no se muerden, aunque fue terrible la lucha, ambos cedieron ó hicieron como que cedían. Sin embargo, de la noche á la mañana, la hipócrita y astuta marquesa tomó las de Villadiego, como se suele decir, dejando su sobrina y sus deudas á cargo del baron. Los acreedores de éste acudieron como aves de rapiña y se repartieron cuanto les que daba.

Entonces fue cuando nuestro Montecristo en pequeño, descendió de su altura y empezó á recorrer los diferentes grados de la escala social; bajó de la opulencia á la medianía, de ésta á la pobreza, de la pobreza á la miseria, y sus hábitos, sus costumbres le condujeron con extraordinaria rapidez á la degradacion del libertinaje. Por sustraerse de todas las miradas y ahogar los remordimientos de su conciencia, bebia, jugaba, y las tabernas mas pobres, los garitos mas miserables fueron su único albergue.

Laura ganaba el sustento dando lecciones de música y de francés, habitaba un cuartito interior compuesto de dos estancias, una de ellas le estaba destinada á Enrique, y en la otra blanca, perfumada, amueblada sencillamente y con flores y pájaros como la primera que ocupó, tenia su tocador, su estudio y su salita de costura. Allí se encerraba y oraba por el alma de su madre. Su primera lágrima ó el primer suspiro que el dolor arrancaba de su pecho, era para ella; su primer pensamiento y su última sonrisa para Eduardo. Hubo un día en que el baron y Laura se encontraron; ésta acababa de recibir una memoria de

XI.

En el momento de verse detenido por aquel hombre misterioso, dejó caer el embozo de su capa, é hizo brillar el cañon de una de sus pistolas:

—¡Haceos atrás, vive Dios! si no os levanto la tapa de los sesos, gritó con reconcentrado furor.

El pálido rayo de la luna penetró al través de las desnudas ramas é iluminó sus semblantes.

Instantáneamente y como si le hubiese reconocido el hombre se descubrió con respeto.

—Perdone usted señorito, murmuró, pero la señorita Laura ha pedido socorro, y como nadie habia... creí que...

—¡Ah! es usted Antonio, dijo Eduardo, corramos en su auxilio.

Laura que habia llegado hasta allí, lanzó un grito y se arrojó en brazos de Eduardo.

Durante algunos instantes sus sonrisas se confundieron con sus lágrimas, sus suspiros, lánguidos y suaves como el murmurio de la brisa, parecían salir de aquellos pechos apasionados, murmurando un misterioso «yo te amo,» que el alma recogía como el perfume de una felicidad soñada.

El aparecido, ó sea el guarda del cementerio,

los contemplaba estasiado y mas de una vez tuvo que enjugar con el envés de su tosca y robusta mano una gruesa lágrima que furtivamente resbalaba por su rostro moreno y de facciones pronunciadas.

Pasados estos primeros instantes de arrobamiento y de amor, que como un relámpago de felicidad cruzaron rápidos para sus almas puras, febriles, apasionadas, Laura se desprendió de los brazos de Eduardo y derramó abundoso llanto con el semblante oculto entre sus manos.

—¡Oh, Eduardo! ¡cuán desgraciada soy! murmuró: al fin me ha robado el retrato de mi madre, única joya que poseia...

—¡Ah! ¡Laura! ¿Quién?... No vacile usted en decírmelo...

—¡Eh! exclamó Laura fijando sus hermosos ojos en Eduardo que en amoroso éstasis la contemplaba á su vez.

—¡Eh! repitió el pintor con voz ronca, y aquella palabra penetró en el fondo de su

corazon como la hoja de un puñal envenenado.

—¿Pero cómo, señorita? preguntó el guarda.

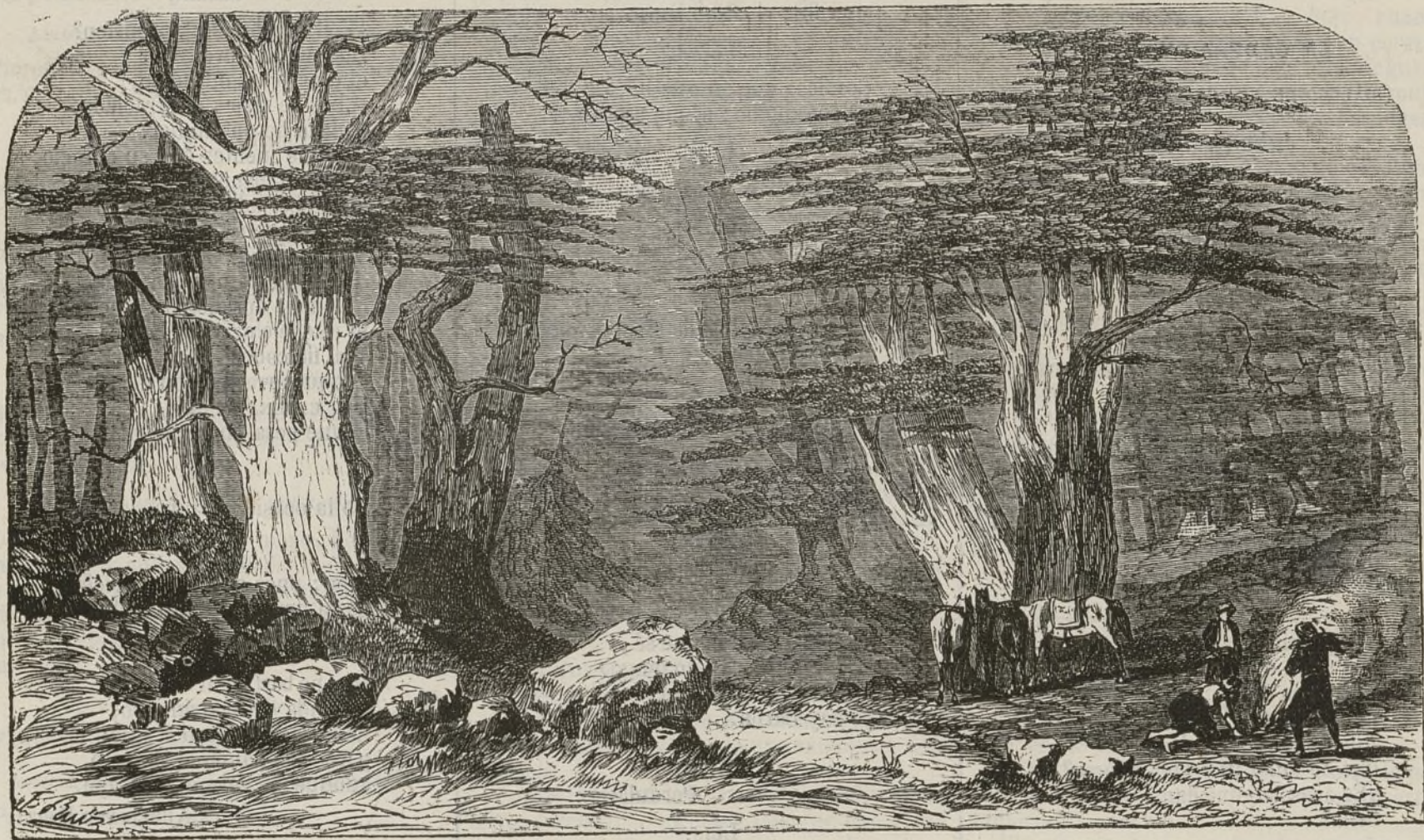
—Estaba arrodillada y orando; llegó, me suplicó que se le diese porque estaba colocado en un medallon de brillantes... me negué á ello, pero él me arrojó al suelo y me lo arrancó del pecho; entonces pedí socorro,

—¡Infame! murmuró Eduardo, ¡se ha empeñado en que le mate, y que su muerte sea el abismo en que mi esperanza se hunda para siempre!

—¡Ah! Ya sabia yo que el señorito Eduardo no podia ser; tiene muy buen corazon y es incapaz de semejante cosa.

—Bien, Laura, continuó el pintor, interin se mesaba desesperadamente sus negros cabellos, no hay que afligirse, mañana tendrá usted el retrato de su madre, mañana...

—Gracias, mil gracias, Eduardo; pero no se vaya usted, tengo miedo y sentiria estar sola como otras veces... contestó la huérfana que



Los cedros del Libano.

habia comprendido toda la significacion de las cortadas frases de aquel.

Al escucharla, Eduardo, no se atrevió á dar un paso.

—Antonio, dijo, le estimaria á usted que mandase traer un coche para esta señorita...

Antes de que Laura se negase á ello, el guarda desapareció por entre los árboles.

—¡Ah!.. Laura, cuán largos han sido para mi los meses que he pasado lejos de usted... y sin embargo, á cada hora, á cada minuto un nombre se ha escapado de mis labios, y ese nombre...

—Por Dios, Eduardo, no nos hagamos mas desgraciados... amémonos en silencio como hasta aquí... sepa yo que usted no me olvida, y aunque la fatalidad nos separe en la tierra, Dios unirá nuestras almas en el cielo...

—Sí, sí, en el cielo, murmuró con desesperacion, pero si yo muriera... júreme usted que siempre se acordará del pobre pintor que tanto la amaba.

—¡Oh sí, sí, pero si usted muriera... yo moriria tambien... una misma losa cubriria nuestro cuerpo al lado de mi madre; además Dios no puede permitirlo... tiene usted una madre ciega y anciana por quien velar... hágala usted feliz... yo ya ve usted... yo me resignaré con

mi desgracia y sufriré como he sufrido hasta ahora... pero olvidar á usted nunca... Eduardo, nunca.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

DON PEDRO I DE CASTILLA.

(APUNTES BIOGRÁFICOS.)

Este rey, que por unos ha merecido el dictado de *Cruel* y por otros el de *Justiciero*, nació en Búrgos año de 1334, siendo su padre don Alfonso XI. Adolescente aun ciñó en 1350 la corona, verificándose en Sevilla su proclamacion donde se hallaba con su madre doña María. No bien habia ocupado el trono cuando tuvo que salir rápidamente á dominar la rebelion de su hermano bastardo Enrique de Trastamara, y mas tarde la de los nobles, á cuyo frente se encontraba Garcilaso, á quien de resultados de ello mandó dar muerte el rey. Igual suerte le cupo por su alzamiento en Aguilar á don Alfonso Fernandez Coronel. Despues de pacificar los promovidos por sus hermanos Enrique y Tello, de reunir córtes en Valladolid y de dar algunos ordenamientos, casó en 1353 con Blanca de Borbon, sobrina

del rey de Francia Juan II, y que no tardó en comprender lo desgraciado y triste de su enlace por los amores que sostenia don Pedro con María de Padilla; no pasó mucho tiempo sin que el rey dejase á ésta y obligase á dos obispos á anular su matrimonio para unirse, como en efecto sucedió, con doña Juana de Castro, de quien se enamoró locamente y á quien no obstante dejó tambien. Su madre doña María, deseosa de evitar tales desórdenes, se puso al lado de los descontentos, á quienes hizo favorecer á la reina doña Blanca, y mandando ir al rey á Toro, lo prendió en union de sus favoritos, aunque de una manera cortés y disimulada. Pedro logró escaparse, dió muerte á muchos, trasladó presa á doña Blanca desde Toledo á Sigüenza, Jaen y Medina-Sidonia donde la hizo dar muerte en 1361. Venció y dió muerte al rey moro de Granada Abusaid el *Bermejo*, restableciendo en el trono á Mahomed destronado por aquel. Don Enrique de Trastamara, que por aquel tiempo habia ido á reclamar auxilio de Francia, se hizo proclamar en Búrgos y reunió otras muchas ciudades á su partido. A consecuencia de esto, el rey se refugió en Guiena, y volviendo despues con el príncipe de Gales conocido por el príncipe Negro, derrotó á aquel en Nájera

y le obligó á marchar nuevamente á Francia; pero esta huida prestó mas vigor á la proyectada venganza de don Enrique, quien volvió otra vez, derrotó al rey y le hizo retirarse al célebre castillo de Montiel. Con tal estado hizo ofrecer, por medio de uno de sus caballeros, Men Rodriguez de Sanabria, grandes riquezas á Beltran Duguesclin, capitán francés al servicio de Enrique, porque le dejase huir; pero aquel, que aparentó aceptar las proposiciones que se le hacían, dió parte á su señor, y entre ambos convinieron dejarle en aparente libertad para darle muerte... Así se verificó en efecto, pues habiendo llegado el monarca á la tienda de Duguesclin, entró Enrique y asesinó á su hermano. Su cabeza estuvo espuesta despues sobre las almenas del castillo de Montiel, donde le sepultaron, trasladándole despues á Puebla de Alcocer y últimamente al convento de Santo Domingo de Madrid, donde se encuentra su sepulcro.

A.

LA CADENA DE ORO.

(DIÁLOGO DE UNA COMEDIA INÉDITA).

Julian.—Luis.

JULIAN.

La senda del matrimonio,
hay que andarla paso á paso.

LUIS.

Nada, lo dicho: me caso
aunque me lleve el demonio.

JULIAN.

Piénsalo bien, que el camino
está de abrojos cubierto.

LUIS.

Ya lo he pensado; y te advierto
que vas á ser mi padrino.

JULIAN.

¡Tu padrino! poco á poco,
que si en ello nada pierdo,
no quiero digan, que cuerdo,
llegué á apadrinar á un loco.
Además ¿quién es la chica
que de amor tu pecho inflama?
¿Es acaso alguna dama
bella?...

LUIS.

Bella.

JULIAN.

¿Rica?

LUIS.

Rica.

JULIAN.

¿Y te quiere?

LUIS.

Creo..., que sí.

JULIAN.

¿Y aun no lo sabes?

LUIS.

Aun nó:
pero ayer me sonrió...

JULIAN.

¿Y tú?

LUIS.

Yo... la sonreí.

JULIAN.

¿Nada mas?

LUIS.

¿Y qué mas quieres?

JULIAN.

Pues hombre, que la dijeras
tus intenciones sinceras.

LUIS.

¡Mal conoces las mujeres!
Yo que el mundo he recorrido
y el bello sexo estudiado;
por donde quiera, he notado,
que al amor sigue el olvido.
Y tratando de burlar,
ley tan estraña, á mi ver,
cuando principio á querer,
tambien principio á olvidar.

JULIAN.

¡Original pensamiento!
como tuyo: sigue el tema.

LUIS.

La mujer es un problema;
y su fin, el casamiento.

JULIAN.

Confieso que en esta lid,
no soy ducho; ni me esplico...

LUIS.

Eres, Julian, nn borrico.

JULIAN.

Gracias.

LUIS.

No has dado en el quid.
¿No soy noble?

JULIAN.

De abolengo.

LUIS.

¿Y jóven, y... pobre?

JULIAN.

¿Y qué?

LUIS.

Que ella tiene lo que sé,
lo que sé que yo no tengo.
Ella vale lo que pesa;
yo soy Baron...

JULIAN.

Perdulario.

LUIS.

Ella me hace millonario;
y yo la hago Baronesa.

JULIAN.

Comprendo: yo en tu lugar
chico, no me casaria.

LUIS.

¿Dó está tu filosofía!

JULIAN.

Está en mi modo de obrar.
Si su amor no es verdadero...

LUIS.

En cambio es mi amor fingido;
y si ella me dice: *envido*,
tengo que decirla: *quiero*.
Mujer rica, en nuestra era
material, positivista,
es una letra á la vista,
que se lleva en la cartera.
Y nadie el lugar penetra,
donde la letra se esconde,
ni se pregunta, de dónde
viene girada la letra.

JULIAN.

Basta Luis; basta por Dios;
mas audaces desatinos

no quiero oír, por caminos
diversos, vamos los dos.
Tú en la opulencia educado,
al gran mundo has comprendido,
y el corazón has nutrido,
con el pasto que has hallado.
Yo, huérfano, y á la vez
pobre; con emulacion,
recibí mi educacion,
del mundo de la honradez.
Y en este mundo mejor,
con libertad se navega;
y á todas partes se llega,
por la senda del honor.
Yo el matrimonio lo entiendo
de otro modo diferente;
busco el bien, por consiguiente,
ni lo compro, ni me vendo.
Esta, Luis, es mi opinion.

LUIS.

Mas ven acá, majadero,
¿qué es el hombre sin dinero?

JULIAN.

¿Y el hombre sin aprension?
¿de qué te sirve tener
el dinero amontonado,
si has de vivir, desgraciado,
esclavo de una mujer?
Aunque cuentes con su aprecio,
y ella no manche tu nombre;
es la libertad del hombre
un don que no tiene precio.
Y el que cede fácilmente
de ese alto don el derecho;
no puede ensanchar su pecho,
ni puede elevar su frente.
Y al fin conoce con pena
aunque arrastre con decoro.
UNA CADENA DE ORO,
lo que pesa una cadena!

LUIS.

Yo la ocasion aprovecho...

JULIAN.

Bien; pues sigue tu capricho;
basta por hoy con lo dicho.

LUIS.

Mas no basta con lo hecho:
la senda del matrimonio,
nadie la anda paso á paso:
¡Oros son triunfos! Me caso
aunque me lleve el demonio.

AURELIANO RUIZ.

LA AZUCENA.

(CONCLUSION.)

SEGUNDA SECCION.

AZUCENAS DE FLORES AZAFRANADAS.

Azucena naranjada. (*L. croceum*.)

De Austria.—Por junio; flores en parasol (1) y en número de cuatro ó seis; erguidas, de color rojo azafranado, cubiertas de numerosas manchas negras. Tierra entera.—Tiene variedad de notable hermosura.

Azucena elegante. (*L. pulchellum*.)

Flores en mayo y junio.—Es planta silvestre. La multiplicacion se consigue con granos y renuevos.

Azucena enana. (*L. pumillium*.)

En junio, parasol de flores rectas, grandes, disciplinadas de rojo sanguíneo.—Es mas delicada que la precedente. Necesita tierra ligera, movediza y arenosa.

Azucena de Filadelfia. (*L. Philadelphicum*.)

Flores erguidas, verdosas y punteadas de negro en la base.—Tierra de matorrales.—Hay

(1) Se da este nombre á el latino *umbella*, á la colocacion de las flores en pequeños sostenes que parten de un mismo punto y llegan á un mismo nivel.

que enterrarla, metida en una maceta ó tiesto, á media sombra para no perder los renuevos que esparcen bajo la tierra sus raíces y empujan por todos lados sus pimpollos.

Azucena magnífica. (*L. superbum.*)

De la América Boreal.—Flores violadas y en ramos de mas de cuarenta, al extremo de los tallos. La única tierra que le conviene es la de matorrales.—Debe estar preservada de los hielos.—Cada tres ó cuatro años hay que desenterrarla para separarle los jóvenes renuevos que se siembran en seguida, lo mismo que la cebolleta ó brote principal, á media sombra.—Si esta planta se coloca en lugares húmedos y frios, suele perderse.—La multiplicación se consigue, así como en la azucena blanca, por medio de las escamas ú hojas secas de los vástagos.

Azucena Thompson. (*L. Thomsionanum.*)

Flores de igual forma que en la azucena blanca, pero menores y de color lila.—Tierra ligera, sustanciosa y libre de humedad.

Azucena de Carolina. (*L. Carolinianum.*)

Flores atigradas.—Tierra llena y de matorrales.

TERCERA SECCION.

AZUCENAS DE FLORES AMARILLAS, AZAFRANADAS Ó ROJAS.

Azucena Martogon. (*L. Martogon.*)

De la Europa Central.—Flores en racimos.—Flor poco agradable. Cultivo como las especies enumeradas.

Azucena turbante. (*L. pomponium.*)

De Siberia y de los Pirineos.—En julio flores en número de cinco ó seis.—Tierra ligera y fresca. Poco sol.

Azucena bulbífera (1). (*L. bulbiferum.*)

De los Alpes.—En fin de mayo, flores poco numerosas, erguidas, señaladas con una mancha pálida y punteadas de color moreno.—Variedad de flores dobles con hojas de diversos colores.—Viven en cualquier terreno y situación.

Azucena del Canadá. (*L. Canadense.*)

Flores en fin de julio.

Azucena de Kamtschatka. (*L. Kamtschatcense.*)

Parasol de flores, en julio.

Azucena atigrada. (*L. tigrinum.*)

De la China.—En julio cuarenta ó cincuenta flores, en figura de Tirso (2), muy grandes y de hermoso rojo naranjado, picadas de púrpura oscura.

Azucena color de ladrillo. (*L. testaceum.*)

Flores grandes y numerosas, de fondo color gamuza.—Igual cultivo que la azucena ordinaria.

CUARTA SECCION.

AZUCENAS DE FLORES BLANCAS Ó MANCHADAS DE ROJO Y HOJAS EN FORMA DE LANZA.

Azucena de hojas en forma de lanza. (*L. lancipolium.*)

Del Japon.—Flores blancas y olorosas.—Tiene muchas variedades.—La mejor tierra para su cultivo es la llena y de matorrales. Conviene levantar anualmente, á principios de octubre, los renuevos y plantarlos en seguida, despues de haber quitado las viejas raíces.

Las azucenas son atacadas por un insecto llamado *crioceris merdigera*, que cayendo sobre estas plantas, roen sus hojas. La hembra

(1) Se da este nombre á la planta que produce pequeños bulbos ó cebollas silvestres en las articulaciones ó en el lugar de las flores.

(2) *Thyrus*, especie de racimo, cuyas flores del centro son mas largas que las de los extremos.

deposita en ellas sus huevos, de donde salen pequeñas larvas de color de naranja, que destruyen los tallos y las flores.

Hay que tener especial cuidado en quitar estos insectos, pues destrazan rápidamente cuanto hallan á su paso.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

CEDROS DEL LÍBANO.

Estos patriarcas del mundo vegetal tienen una estructura notable; cuatro ó cinco troncos gruesos salen de una sola base y se elevan juntos á la altura de diez ó doce pies, comenzando luego á estenderse horizontalmente.

En el año de 1848 quedaban solamente doce, cuyos troncos estaban cubiertos de nombres de viajeros, llevando algunos la fecha de 1640.

Los cedros del Líbano se elevan en un terreno desigual, cubierto de rocas y piedras, que tiene una milla de circunferencia, y en ninguna otra parte del Líbano son tan considerables sus grupos.

Desde la cima del Líbano, se disfruta un espectáculo magnífico. A la derecha la calva frente del Líbano superior; en su base, el bosque de Cedros; mas abajo los valles de Kanobin y de Abu-Alí... Despues el gran valle que separa al Líbano del Anti-Líbano, y comprende el distrito de Bekaa y el Belad Balbec, llamado en otro tiempo Cele-Siria. Los habitantes de estos distritos dan al Anti-Líbano el nombre de Gebel es Sharke, ó la «montaña del Este» en oposicion al Gebel el Gharby, la «montaña del Oeste», llamada tambien Gebel el Leban, dominacion con que se designa á veces toda la cordillera desde el Mediterráneo al Jordan. El Líbano superior se distingue del inferior por ser mas estéril, si bien la vegetación se estiende casi hasta la cúspide. Ambas montañas se parecen, por su forma y aspecto, á los Apeninos, y en particular á la cadena que corre al Norte de Génova y de la Spezzia.

UNA ILUSION PERDIDA.

¡Una ilusion perdida!

¡Cuánta tristeza encierra esta frase!

Tras ella se distingue un corazón lacerado, una esperanza desvanecida una existencia desgraciada.

Por estas sentidas palabras se adivina un triste desengaño, un alma llena de dolor, un ser que sufre un padecimiento moral.

Cuando una persona dice con la voz embarrizada por el dolor «he perdido la ilusion mas querida que ha alimentado mi alma» declara lo siguiente: «he perdido á la mujer que mas he amado en el mundo; á la mujer que me ha hecho feliz por un corto tiempo; ¡la he perdido para siempre!

Entonces se distingue el corazón de aquella persona desgarrado por el dolor; su alma envenenada por el pesar, sus ojos arrasados en lágrimas, su imaginación ocupada por un triste recuerdo.

Entonces es cuando aquella persona necesita escuchar palabras consoladoras que traten de disminuir su dolor.

¡Y cómo desahogar un alma desgarrada por un sentimiento inmenso!

La melancolía se apodera del que sufre este pesar terrible.

Ama la soledad.

Encuentra un alivio grande, confiando su dolorosa situación á un íntimo amigo, á un amigo verdadero, á un amigo que comprendiendo el sentimiento que destroza su corazón, trate de dulcificar con su amistad aquella existencia desgraciada.

¡Cuánto agradece en estos momentos las palabras cariñosas que los amigos le prodigan, los medios que emplean para hacerle olvidar su desgracia, aunque no puedan conseguirlo, porque esto es imposible! Podrán, sí, hacer

que aquel sentimiento sea menos fuerte; podrán alejar de él la desesperacion, pero nunca hacerle olvidar aquel recuerdo divino, aquella ilusion querida, aquellos dias de dicha y de placer.

En casi todos los objetos donde se fijan los ojos de la persona que sufre, encuentra un grato recuerdo de la mujer amada.

Todos los dias, todas las épocas del año traen á su corazón un sentimiento nuevo.

En esta época la conocí.

En esta la declaré mi ardiente pasión y correspondió á mi tierno afecto haciéndome dichoso.

En esta partió y la perdí para siempre.

Todo esto se recuerda conforme van pasando los dias sin que sea posible olvidar aquella mujer querida.

¡Y cuántos sentimientos tristes se experimentan conforme se van recordando aquellas diferentes épocas de placer!

¡Cuántas veces pretende uno hacerse la ilusion de que aun existen, de que aun continúan como antes!

Y cuando se considera uno feliz, cuando trata de engañarse y hace creer á su corazón que toda aquella felicidad no se ha extinguido, cualquier incidente, una carta de la mujer querida, le hace salir de sus felices ilusiones y comprender la triste realidad.

Entonces la persona que sufre de este modo recapacita sobre su triste situación, y su pecho se oprime, y sus ojos se llenan de lágrimas, y con la voz embargada por los sollozos prorrumpe en estas tristes palabras que brotan del fondo de su alma.

¡Ah, mujer querida, nunca te olvidaré!

Desgraciados mortales que experimentáis ese triste sentimiento; yo compadezco vuestra desesperada situación; yo comprendo ese dolor que os martiriza, esa pena que nubla vuestra existencia.

¡Jamás me burlaré de vuestro sentimiento; jamás me reiré de vuestra desventura; jamás me mofaré de vuestra desdicha!

LUIS CALVO Y REVILLA.

UN CLAVEL.

RECUERDOS.

Ayer me aburría.

Aunque esta noticia tenga poco interés para mis lectores, no por eso deja de ser cierta é importante para mí.

El ocio es por lo regular el compañero fiel y constante del hastío.

Yo no me ocupo en nada hoy día.

Estoy ocioso.

Esta es, sin duda, la causa de mi fastidio.

Ayer, como ya he dicho, me aburría, y de tal modo, que me cansaba hasta de pensar en mi situación.

Quise entretenerme.

¿Pero cómo conseguir mi objeto?

Encontré un medio.

Hace ya algun tiempo que arrastrado por mi afición á la poesía, escribo tanto en verso como en prosa, aunque tan mal en prosa como en verso.

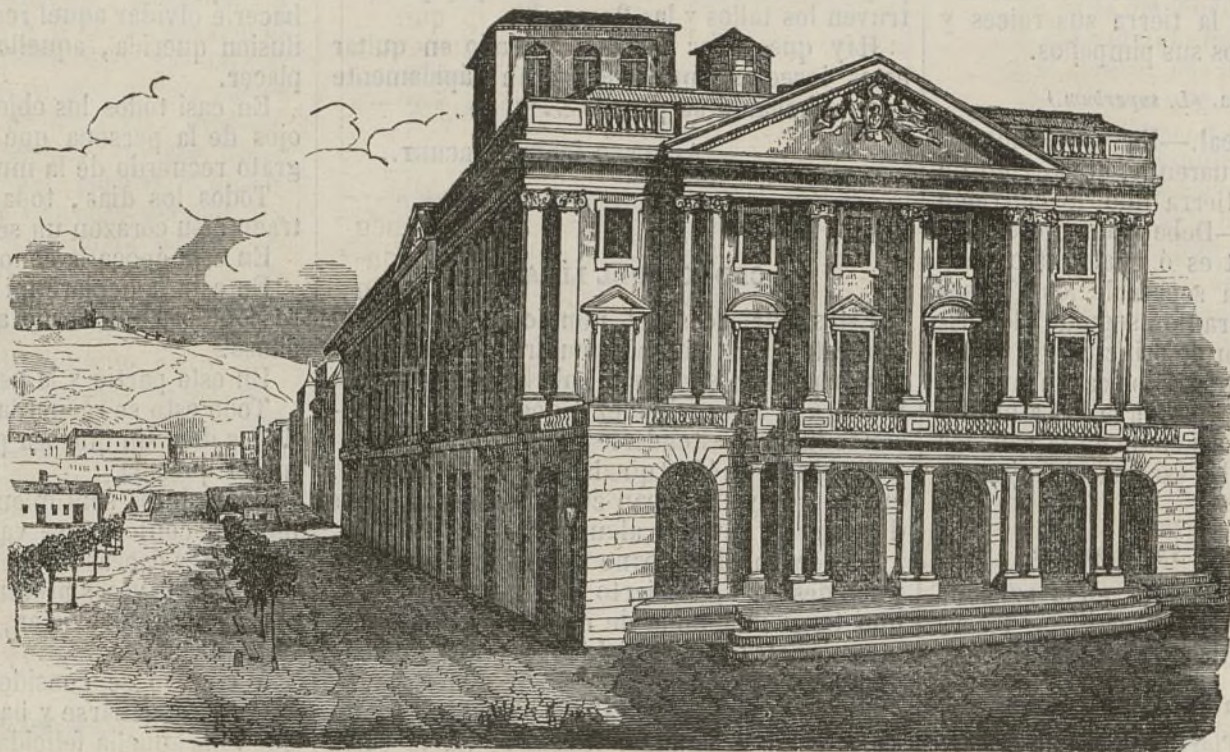
Merced á tan exagerada afición, los cajones de mi mesa se han visto invadidos por una infinidad de borradores, que tengo el raro capricho de guardar cuidadosamente.

Al recordar ayer lo que acabo de decir, se me ocurrió la idea de pasar una minuciosa revista á los invasores pliegos, con el objeto de distraerme y librar á los invadidos cajones (si bien solo por algunas horas) de su continua opresión.

Saqué los borradores, los coloqué sobre la mesa y empecé á leerlos detenidamente.

Conseguí lo que deseaba.

Desterré mi mal humor y me reí con toda la fuerza de mis pulmones, leyendo un sinnúmero de necedades, escritas por mi indocto mano.



VISTAS DE ESPAÑA.—Casa Lonja de Barcelona.

De pronto, entre los mil disparates que *ya-
cian negligentemente recostados* sobre la me-
sa, distinguí un paquetito...

Cesó mi contento.

Helóse la risa en mis labios.

Sobre aquel paquetito había un nombre es-
crito...

¡Adela!...

Lo deslié y presentóse á mi vista un clavel
blanco, marchito, seco.

¡Pobre clavel!

¡Cuántas dulces memorias me recordó!...

¡Cuánta poesía encerraba entre sus místicas
hojas!...

¡Cuánta languidez!...

El aroma que la naturaleza le había conce-
dido, no existía ya; pero aun conservaba el
celestial perfume con que Adela inundó sus
blancas hojas al llevarla á sus labios!...

¡Aun se enorgullece de dicha por aquel tier-
no beso!...

¡Aun se estremece mi corazon al recordar
su melodioso sonido!

¡Pobre clavel!

¡Adela!... ¡Dulce ilusion que llenaste de
ventura mi alma!... ¡Esperanza preciosa que
hiciste palpar mi corazon de júbilo!...

Todo acabó.

¡Dulces horas de placer! ¡Tiernas esperan-
zas!... ¡Días de amor!... ¿Dónde estais?

¿Qué me resta ya de tantas venturas; de
tan inefabiles goces?

Nada.

Un clavel seco y marchito.

Un corazon lacerado.

¡No importa! Mi tristeza ha hallado un her-
moso y melancólico recuerdo en ese clavel.

¡Le idolatro!

¡Nunca le olvidaré!

Le guardaré como mi mayor y mas rico te-
soro.

¡Aun conserva el dulce perfume con que
Adela inundó sus blancas hojas, al llevarlo á
sus purpúreos labios!...

ENRIQUE FERNANDEZ Y CARNICERO.

EPÍGRAMAS.

Doña Inés, que es vieja y fea,
Fué á un baile, de dominó,
Y la máscara perdió.
Encuentra á Juan de Alcolea
Y le pregunta:—¿sabeis
De mi máscara?—Y Juan dijo,
Mirando á la vieja fijo:
—¿Cuántas caretas traéis?

Lucía, la coquetuela,
Dos amantes engañaba...
Y al uno en la calle hablaba
Y al otro en la callejuela.
—Casa de mas de una puerta,
Mala es de guardar, Lucía!—
Díjole con ironía,
Su vecina Ana la tuerta.
—Lo que no comprendo, Ana,
Lucía le respondió,
Es que haya quien tanto vió
Por una sola ventana.—

Si llueve un mes de este modo,
Un agrónomo decia,
Viendo el agua que caía,
Saldrá de la tierra todo.
Y en tanto que aquel se alegra,
Esclama lleno de espanto
Juan Fernandez, ¡cielo santo!
¡Si saldrá tambien mi suegra!

En una reunion, Teodoro,
Contó como cosa rara
Que cierta noche soñara
Que era el *Becerro de oro*.
Una dama, que á su lado
Se hallaba, dijo á aquel tonto:
—¡Amigo mio, que pronto
Ha perdido usted el *dorado*!

Oyendo una vez hablar
De cierto rey, que decia
Que su padre nada habia
Dejado que conquistar,
Esclamó el pobre Ferrer,

Que es un Adán:—¡Mundo impío!
¡Qué contraste! En cambio el mio,
Nada dejó que perder.

Un quidan, juzgando un dia
A diversos escritores,
Dijo:—A los malos autores
Al mar los arrojaría.
Aun bien no acabó de hablar,
Esclamó Pedro del Rio:
—Bueno será, amigo mio,
Que usted aprenda á nadar.

Preguntándole á Oliver,
Que se casó en Navidades,
Por las buenas cualidades
Y dote de su mujer,
Respondióme:—Ay ¡caro Antonio!
¡Quién en mujeres se fia!
Un angel era la mia...
Pero antes del matrimonio.
La dote... ¡esa es la mas negra!
Que mi enemigo mayor
No la reciba peor...
Porque la dote... ¡es mi suegra!

Juraban Ruperto y Petra
Amarse de corazon;
Mas se ausentó aquel bribon...
¡Pasó un año... y ni una letra!
Petra, al ver que su Ruper'o
No daba señal de vida,
Le escribió muy decidida:
—¡Dime al menos que te has muerto!

Preguntáronle á Paseual,
Que es famosísimo pillo,
Cómo estaba de bolsillo,
Y él contestó:—No estoy mal:
Sin hacer alardes vanos,
Ni echarla de rico aquí,
Siempre me sobran á mí
Para guantes...—¿Qué?—Las manos.

REMIGIO CAULA.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero, y las de seis meses á fin de agosto próxi-
mo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.
En Provincias, Estranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.